

El Polaco



Carmela Català
Francesco Smelzo

El Polaco

El postigo despintado de la vieja casa de madera crujió por el calor sofocante de la tarde de enero, hacía días que no llovía, las plantas abrasadas trataban de retener en vano la última gota de humedad.

Ni siquiera las moscas volaban, atontadas por la canícula caminaban sobre el lomo de pastor alemán que apenas movía la cola para sacudírselas. Alguna hormiga desorientada portaba una brizna de hierba auestas, solo las chicharras con su canto estridente advertían algún distraído visitante que a esa hora era mejor no aventurarse por esos polvorientos parajes.

El Polaco, así lo llamaban al dueño de la granja, dormitaba con una ramita entre los dientes bajo un eucaliptus, vivía solo, sus dos hijos se habían mudado a la capital muchísimos años atrás, cuando el ferrocarril dejó de pasar por Amistad, el pequeño pueblo, que en poco tiempo se había convertido en eso, un pueblo fantasma.

Claro que cada vez se hacía más difícil mantener a raya a los acreedores que periódicamente y desafiando los gruñidos de Noble, el viejo pastor, se dejaban caer con sus anotaciones, la única solución era vender, pero al Polaco sólo lo sacarían de allí con los pies para adelante, lo repetía en el bar del Gallego, los sábados por la noche, después del

tercer vaso de caña: con los pies para adelante me voy a ir. El desgano había alcanzado también a los pocos animales que quedaban en la granja, los huevos de las gallinas eran cada vez más pequeños, la exigua producción de Marta la vaca lechera apenas alcanzaba para la elaboración de los quesos que el viejo granjero vendía en la feria de Olmos, la ciudad más cercana.

Sin embargo, ajeno a la advertencia de las cigarras, un visitante se acercaba por el sendero polvoriento.

El Polaco, obnubilado, no lograba entender si se trataba de un espejismo, producto del vino de la botella que yacía a su lado casi vacía, o del calor que no daba tregua ni siquiera a la sombra del árbol.

Los rayos implacables del sol parecían derretir el aire y entreveía la figura del hombre que avanzaba por el camino como detrás de una cortina líquida.

El granjero pensó en el fusil, ese viejo arnés que guardaba sobre la estufa de leña, el hombre que parecía una ilusión óptica o un fantasma podría ser en realidad un matón enviado por los acreedores para persuadirlo con otros métodos, aunque solo un tonto o alguien muy bien retribuido podría hacerse todo ese camino al rayo del sol inclemente. Su cerebro a pesar de los vapores del alcohol lo urgió a levantarse e ir a buscar el fusil, si bien era un cachivache que solo servía para ahuyentar a los perros vagabundos causaba su efecto y era mejor hacerle saber al forastero

que el Polaco no era de los que se amedrentan.

Claro que no era tan fácil levantarse y caminar hasta la casa, a más de doscientos metros, medio borracho!

Noble, mientras tanto se había puesto en alerta, hacía demasiado calor y él estaba demasiado viejo para ir ladrando al encuentro del invasor, pero alzó las orejas y comenzó a gruñir sordamente, el enemigo tendría que pasar de todas maneras por allí donde él estaba, echado junto a la vaca, si quería llegar hasta la casa.

Tambaleándose, el Polaco logró ponerse de pie; el extraño avanzaba cada vez más rápidamente por el sendero, pronto llegaría al alambrado.

El anciano trató de dar algún paso, sentía las piernas pesadas como piedras, y todo le daba vueltas; no había recorrido más que unos pocos metros, cuando tropezó con un balde que quien sabe desde cuando había quedado ahí abandonado, y cayó de bruces sobre la tierra.

El forastero, como se imaginaba, había sido veloz y ya estaba allí.

El perro era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que lo que el visitante llevaba en la cartuchera era una pistola y sabía que en estos casos lo mejor era quedarse tranquilo y no llamar la atención.

El Polaco levantó la cara de la tierra, blanco como si se hubiera caído sobre una bolsa de harina y vio delante suyo unas botas de cuero.

Con dificultad los ojos legañosos del anciano lograron enfocar el rostro del forastero que pálido como el papel también él, articuló una sola palabra “agua” y se desplomó frente al granjero. El Polaco miraba la pistola pero el hombre la arrojó delante de sus pies con las pocas fuerzas que le quedaban y volvió a repetir : “agua”.

Con movimiento veloz el anciano la aferró y la empuñó con su mano temblorosa. Sin perder de vista al desconocido, se acercó al aljibe que se encontraba a pocos metros, llenó el cubo y regresó al lado del hombre que yacía con los ojos cerrados.

Le volcó un pequeño chorro sobre la cabeza, el forastero abrió los ojos, tomó el cubo y bebió con avidez usando las manos como cuenco hasta que se atragantó y tosiendo escupió una parte del líquido.

– Basta – dijo el Polaco, – es suficiente por ahora – y se sentó sobre una piedra; tomó una brizna de hierba seca, la metió ente sus dientes y lentamente comenzó a mastigarla, no tenía prisa, si algo le sobraba en la vida era el tiempo y la paciencia. El sol ya declinaba sobre la hilera de eucaliptus al final del cercado, cuando el visitante con lentitud sacó un arrugado paquete de cigarrillos del bolsillo, encendió uno con fruición y empezó a desgranar su historia. Hacía tres días que huía entre los campos, cobijándose a ratos a la sombra de los pocos árboles, casi sin dormir y sin comer más que unos pocos frutos silvestres. Acababa de escapar de la comisaría de Olmos. El Pola-

co lo escuchaba con atención, todo había comenzado dos años atrás cuando era administrador de Bergengruen, el alemán, unos de los terratenientes más ricos de la provincia. Mucho dinero y poco control por parte del hacendado que viajaba constantemente, fue imposible no tentarse, no dibujar algunos números, le había prometido a Rosa que esperaba su primer hijo que para cuando el niño llegara iban a tener una casita propia; pero quizás por descuido, o por imprudencia un día se encontró esposado entre dos gendarmes en una bamboleante camioneta rumbo a la comisaría. Allí pasaron los meses, los tiempos de la justicia son perezosos como las siestas de verano y su situación procesal seguía sin definirse. La inteligencia del hombre no le pasó desapercibida a Molina el comisario que pronto lo puso a colaborar en pequeñas tareas contables. Poco a poco fue pasando más horas del día dedicado a los números y Molina le designó un pequeño escritorio detrás del suyo, en la oficina principal.

Desde allí fue testigo del extraño movimiento que se desarrollaba cuando la actividad del día menguaba y la mayoría de los agentes se retiraban a sus hogares, un desfile de siniestros personajes, llegaban amparados por la noche, Molina los recibía y guardaba los abultados sobres con dinero en un cajón celosamente custodiado, a él, el hombre, le tocaría anotar esas cantidades en los registros al día siguiente.

Algunos de esos rostros le eran familiares, regenteaban las

licorerías a la vera de la carretera saliendo de Olmos, otros venían de burdeles más lejanos, a esos nunca los había visto. El Polaco asintió con la cabeza, conocía la existencia de esos locales, allí se desarrollaba una gran red de prostitución. Raramente se podía ver a las chicas, casi niñas, que trabajaban en esos lugares, venían desde el norte, Misiones, Formosa, algunas de Paraguay, atraídas con engaños y el señuelo de un futuro mejor.

María su difunta esposa había hablado con algunas de ellas, las pocas que gozaban de un poco de libertad para ir a la tienda, la buena mujer había hecho todo lo posible por denunciar esa situación pero una y otra vez se topó con la indiferencia de un pueblo que fingía no ver porque era más cómodo, más seguro. Con el correr del tiempo Molina fue entrando en confianza con el hombre, su ración de comida, más generosa que la de los otros ocasionales detenidos venía acompañada de un vaso de vino, los números eran florecientes, a menudo el comisario le palmeaba la espalda con una risotada y le prometía que un día lo llevaría a conocer una de esas hermosas muchachas. Una noche recibieron una visita especial, de un gran coche con vidrios polarizados, el hombre vio bajar a Quintana, el intendente, Molina lo recibió obsequiosamente, hablaron por algunos minutos, la mirada del político se detuvo en el administrador, vio como increpaba al comisario y la charla se convertía en una discusión acalorada, escuchó mencionar su nombre y en ese momento supo que sus días estaban

contados. A la mañana siguiente ocupó tranquilamente su lugar en el pequeño escritorio como de costumbre pero sabía que no tenía mucho tiempo para lograr escapar.

La oportunidad se le presentó tres días más tarde, un robo de ganado a 20 kilómetros de Olmos había dejado a la comisaría prácticamente desierta, solo quedaba el cabo que a mediodía le llevó su plato de comida.

Entre un bocado y otro e empezó a toser con estruendo, su cara se puso violeta, el cabo se acercó para auxiliar al hombre que se estaba atragantando, y éste con la velocidad de un rayo, lo tomó de un brazo y le arrancó la pistola, con la culata golpeó la sien del obeso policía, un golpe certero, solo para mantenerlo desmayado por un rato, tomó la llave de la puerta y trastabillando agarró a la carretera, a los pocos pasos escuchó el motor de la camioneta que regresaba, logró esconderse bajo unos arbustos, habían vuelto antes de lo previsto, la cacería humana estaba por comenzar...

Molina ya estaba entrando en la comisaría, en pocos minutos se armaría un pandemonio, el fugitivo miraba a su alrededor, había agentes por todos lados, la situación era desesperante, sabía lo que lo esperaba si lo encontraban, un paseo por el campo en la camioneta y nadie sabría nada más de él.

Seguía escondido detrás del matorral pero instintivamente retrocedió cuando vio un grupo de policías que se acercaban; de pronto su pie tocó algo metálico, una tapa, el pozo

de agua del cuartel, por lo menos no se moriría de sed.

La abrió un poco con dificultad, pos suerte había una escalera de hierro que llegaba hasta el nivel del agua, se introdujo y sujetándose con una mano de la escalera, con la otra cerró la tapa, se escuchaban los gritos de Molina que daba órdenes para organizar la búsqueda del fugitivo. Después oyó las voces que se alejaban y la camioneta que volvía a irse.

Por el momento la única cosa que podía hacer era quedarse ahí, escondido, de día era mejor no moverse. No podía permanecer sujeto a la escalera resbalosa por mucho tiempo más y se decidió a entrar en el agua; estaba helada pero afortunadamente sólo le llegaba hasta la cintura.

Había dejado una pequeña rendija de la tapa abierta para saber por la luz que entraba cuando se haría de noche.

Por fin, después de algunas horas inmerso en el agua helada por la rendija ya no entraba más luz y se dio cuenta de que era el momento de escapar.

Abrió lentamente la tapa y salió completamente empapado, el aire tibio y seco de la noche de verano fue un alivio aunque estaba exhausto por ese largo baño.

Pero no podía permitirse un descanso, en cualquier momento, tras el fracaso de la búsqueda, Molina regresaría y registraría mejor el terreno.

Por suerte en la comisaría había quedado un sólo guardia que distraído escuchaba la radio.

Atravesó rápidamente el patio y se escabulló cobijado por los muros de las pocas casas para no ser descubierto por el policía que en cualquier momento podía salir a fumarse un cigarrillo al aire libre. Después de unos pasos volvió a encontrarse en un sendero que se perdía entre los campos.

No sabía a donde ir, en un primer momento pensó en Rosa, su Rosa, a esta altura su hijo ya debía haber nacido, pero su casa sería el primer lugar donde seguramente lo iban a buscar, además quién sabe si todavía vivía allí, era una pequeña casa alquilada en la otra punta de la ciudad, y dudaba de que Rosa hubiera seguido pagando el alquiler durante los largos meses de detención; lo más conveniente era seguir alejándose por los campos.

Prosiguió varios días por los caminos de tierra tratando de poner la mayor distancia entre él y Molina, y así fue como se encontraba allí, delante del Polaco, que lo escuchaba masticando una ramita.

– Mal asunto amigo – dijo el Polaco – a Molina lo conozco, es peor que una serpiente de cascabel, y tú además sabes demasiado, puedes apostar que no descansará hasta que te haya borrado de la faz de la tierra.

– Si, y temo que no tarde mucho en encontrarme aquí, estamos a pocos quilómetros de Olmos y va a rastrillar los campos vecinos a conciencia, creo que será mejor que siga mi camino... Ah, a propósito, me llamo Juan, Juan Ramírez...

Le tendió la mano al anciano.

– ¡Y usted, cómo se llama?

– Yo no me llamo nunca, se siempre donde estoy

– Que gracioso!

– Polaco, llámame Polaco, como en el bar, pero ahora andá hasta la casa, queda un pedazo de pan en el aparador y hay un pequeño catre, puedes descansar un poco antes de partir, creo que lo necesitas.

Juan le agradeció por la ayuda y decidió aprovechar la inesperada hospitalidad del granjero, entró en la humilde vivienda y devoró el pan que quedaba, después, agotado, se recostó en el catre polvoriento.

Mientras tanto el Polaco había vuelto a quedarse dormido bajo el eucaliptus y Noble, el pastor alemán, seguía dormitando junto al establo con el oído atento, por si alguien más venía a turbar la paz de la granja.

Y en efecto poco rato después el perro volvió a dar la voz de alarma: a lo lejos se podía ver una nube de polvo desde el camino por el cual había aparecido Juan una hora antes.

Por la tierra que volaba y el ruido de motor desvencijado debía tratarse de un vehículo, no se necesitaba mucho para imaginarse que se trataba de Molina.

Todavía bajos los efectos del vino, con la poca energía que le quedaba corrió hasta la casa y sacudió a Juan con fuerza.

– ¡Vamos amigo, despierta, vinieron a buscarte!

Todavía adormilado, el forastero no entendía nada pero cuando se despertó del todo, miró al viejo con ojos aterrizados.

– Diablos – maldijo el Polaco – ésto me va a costar caro.

Con gesto imperioso condujo a Juan hasta la habitación de al lado, allí apartó a un lado la vieja alfombra, en el piso había una tapa, la abrió y le hizo señas de que se escondiera dentro. Era un sótano que había servido para conservar vinos y quesos en épocas de abundancia, un agujero oscuro y no muy grande que apestaba a humedad, pero en ese momento a Juan le pareció su única esperanza. Después de que se introdujo rápidamente, el Polaco cerró la abertura y volvió a poner la alfombra en su lugar. En ese preciso momento un golpe seco de fusil hizo abrir la puerta y Molina ingresó en la casita precedido por dos de sus hombres armados.

– ¡Pero a quien tenemos aquí, el Polaco! Bueno, bueno...

El viejo miraba al comisario como quien ve a una cucaracha asquerosa, sin contestar.

– Polaco, ¿has visto a algún desconocido rondar por estos parajes?

– No.

– ¿Ah no? – respondió Molina después de un minuto de silencio, tras estas palabras se puso al lado del anciano y

con un movimiento veloz le sacó algo del cinturón.

– ¿Y esto? ¿Te lo trajo Papa Noel? Una pistola... – Prosiguió – y parece... una pistola de la policía...

El anciano empalideció, maldición, la pistola, La había dejado en el cinturón y ahora era una prueba contundente...

Antes de que terminara de pensar, un puñetazo lo devolvió a la realidad, sintió en la boca el sabor metálico de la sangre que le chorreaba desde la nariz probablemente rota.

– Ahora te vas a portar bien y nos vas a decir dónde lo tienes escondido, si no alguien saldrá más lastimado...

– ¿Viniste a completar tu obra, desgraciado? No te alcanzó con matar a María?

Otro puñetazo sobre el pómulo lo interrumpió.

– Viejo testarudo, ¿cómo te lo tengo que explicar que con la muerte de tu esposa no tengo nada que ver? Te lo dijo también el juez, que necesitas ¿un decreto del Presidente?

El Polaco miró a Molina con los ojos neblinosos por el golpe.

– Claro, porque el juez forma parte de tu banda, él y tus amigos que hicieron el trabajito sucio.

El comisario había levantado la mano para golpearlo por tercera vez cuando escuchó que uno de sus hombres lo llamaba.

– Inspector, venga un momento.

– ¿Qué pasa Fernández? – respondió mientras seguía mirando al Polaco: – Con vos, sigo enseguida.

– Esta alfombra la movieron recién, se nota por el polvo.

El agente la levantó y apareció la tapa.

– ¡Buen trabajo Fernández, abrila!

El policía la abrió y se metió apuntando con su pistola.

– ¿Qué hay allí debajo? – le gritó Molina.

– Nada – respondió la voz del agente. – no hay nada, está vacío.

Mientras tanto el Polaco se había desplomado sobre el piso, entre nubes de dolor provocadas por el brutal golpe volvían borrosas imágenes como una vieja película que no se logra olvidar. María su mujer, entablando conversación con Lara la hermosa paraguaya que se había animado a contarle a la bondadosa señora las condiciones de las chicas de la licorería, reducidas prácticamente a la esclavitud. María haciendo la denuncia policial y la velada amenaza de Molina. María hablando con el párroco que había bajado la vista atemorizado. María agonizando en la calle después de haber sido arrollada por un coche que circulaba a altísima velocidad. Imposible conseguir testigos, imposible probar el homicidio, los ojos y oídos de la población estaban sellados, nadie había visto absolutamente nada...

Los gritos de los hombres lo sacaron de su ensueño: “Por

aquí, ha debido de escapar por aquí.” y señalaban un pequeño respiradero por el cual sólo alguien extremadamente delgado como Juan podría haber pasado.

De repente se estremeció, una mano se había posado suavemente sobre su hombro. Con dificultad giró la cabeza y logró ver al contable que con un gesto mudo y perentorio le indicaba que guardara silencio. El las manos sostenía la vieja escopeta del Polaco. Con pasos leves se acercó hasta la abertura y gritó:

– Tiren las pistolas muchachos!

Con el cañón del arma vetusta apuntando directamente a sus cabezas los policías dejaron caer las armas. Juan bajó con precaución, siempre apuntando a los hombres las tomó, se encaramó otra vez con agilidad y con un golpe seco cerró la tapa del pequeño sótano; ayudado por el anciano que había logrado ponerse de pie arrastraron sobre ésta el viejo aparador de roble y corrieron hacia la puerta, sabían que no disponían de demasiado tiempo, los tres hombres tardarían pocos minutos en salir de allí.

El Polaco jadeando le señaló a Juan un destartado jeep que descansaba bajo un alero. Se abalanzaron sobre los asientos, las temblorosas manos del viejo no lograban encenderlo.

– Vamos, rápido! Lo urgió Juan.

Finalmente con un rugido de cafetera el vehículo se puso en movimiento. En pocos minutos la oscuridad de la car-

retera los envolvió.

El Polaco oprimía a fondo el acelerador con el pie, el viejo jeep traqueteaba quejumbroso. Sólo después de algunos kilómetros Juan sacó los dos últimos cigarrillos del paquete, los encendió y ofreció uno al granjero, sus manos todavía temblaban.

– ¡Dónde estamos yendo’? preguntó.

– No preguntes y mejor rezá, no tenemos mucha nafta.

Después de dos horas cuando la aguja del tablero hacía rato que estaba en rojo, vieron las primeras luces de Olavarría.

El granjero detuvo el coche delante de una sencilla casa de ladrillo a la entrada de la ciudad, el silencio era absoluto salvo por unos grillos que cantaban estridentemente, la noche se había tornado fresca y al bajar se estremecieron.

Con las piernas entumecidas cruzaron la pequeña verja y el anciano golpeó la puerta con fuerza. Pasaron varios minutos antes que un hombre alto con la cara adormilada les abriera... – Polaco... sos vos... que haces aquí...?

– Si, Lucho , soy yo... – se fundieron en un abrazo.

El joven los condujo a una sala con la mesa atestada de carpetas, algunas computadoras y micrófonos.

Luis Villalba había dejado Amistad muchos años atrás, era un joven despierto, el pueblo le quedaba chico, ahora estudiaba periodismo y ahí desde su casa dirigía un programa

de radio por las mañanas. Juan y el Polaco miraban a su alrededor asombrados mientras Lucho preparaba una jarra de café.

Cantaban los primeros pájaros cuando los hombres terminaron su relato. Lucho tenía el ceño fruncido, la historia era intrincada y peligrosa, la única solución era difundirla rápidamente, era también la única manera de salvaguardar sus vidas, sus rostros debían hacerse conocidos lo antes posible...

El muchacho preparó todo y empezó a grabar y filmar, Juan y el Polaco respondían las preguntas con el último vestigio de lucidez mental que les quedaba a esa hora, la luz roja de la grabadora parpadeaba. Lucho se restregó los ojos:

– Esto lo edito y en un rato sale al aire y por internet, va a ser una bomba.

El Polaco se puso de pie lentamente.

– Aquí nos separamos Juan, vos dentro de un rato tendrás que ir al juzgado, no podes seguir huyendo, pero quédate tranquilo, en Olavarría estarás seguro. Yo cargo nafta y me vuelvo, los animales tienen que comer y estoy muy cansado.

Se estrecharon las manos y los dos vieron como el jeep se alejaba humeando hasta desaparecer.

El sol estaba alto cuando el Polaco dejó el viejo coche en el alero y con pasos cansinos, entre la algarabía de los ani-

males, se dirigió a la cocina de la casa. Iba a encender la hornalla para preparar el mate pero se detuvo, abrió el cajón del aparador y sacó una vieja pipa, una reliquia que encendía en ocasiones especiales, llenó la cazuela con al aromático tabaco y tomó el encendedor. La llama refulgió al unísono del estallido. El Polaco cayó delante del mueble, un hilo de sangre goteaba desde su nuca, el zorzal cantaba dulcemente, la radio emitía su programa, la noticia ya se viralizaba, pronto los burdeles serían allanados, con suerte las chicas liberadas.

María le sonreía con ternura.

